

Paulo Cesar Gil

Catequesis y sinodalidad

La pedagogía de Jesús



Título original: Catequese e sinodalidade. A pedagogia de Jesus.

© Editora Vozes Ltda.
Rua Frei Luis no. 100,
Petrópolis, Brasil

Traducción: deepl.com

© 2024 Ediciones Dabar, S.A. de C.V.
Mirador, 42
Col. El Mirador
04950, México, D.F.
Tel. 56 03 36 30, 56 73 88 55
e-mail: contacto@dabar.com.mx
www.dabar.com.mx

ISBN: 978-607-612-278-5

Impreso y hecho en México.

Acrónimos

- AA Decreto *Apostolicam Actuositatem*. Sobre el apostolado de los laicos, Pablo VI
- AG Decreto *Ad Gentes*. Sobre la actividad misionera de la Iglesia, Pablo VI
- CIC Catecismo de la Iglesia Católica
- DA Documento de Aparecida
- DC Directorio para la catequesis
- EE Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*. Sobre la Eucaristía en su relación con la Iglesia, Juan Pablo II
- EG Exhortación *Evangelii Gaudium*. Sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual, Francisco
- EN Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*. Al episcopado, al clero y a los fieles de toda la Iglesia acerca de la evangelización en el mundo contemporáneo, Pablo VI
- ES Carta Encíclica *Ecclesiam Suam*. El “mandato” de la Iglesia en el mundo contemporáneo, Pablo VI
- FC Exhortación apostólica *Familiaris Consortio*. Sobre la misión de la familia cristiana en el mundo actual, Juan Pablo II

- FT Carta Encíclica *Fratelli Tutti*. Sobre la fraternidad y la amistad social, Francisco
- GS Constitución pastoral *Gaudium et Spes*. Sobre la Iglesia en el mundo actual, Pablo VI
- LG Constitución Dogmática *Lumen Gentium*. Sobre la Iglesia, Pablo VI
- MM Carta Encíclica *Mater et Magistra*. Sobre el reciente desarrollo de la cuestión social a la luz de la doctrina cristiana, Juan XXIII
- NMI Carta Apostólica *Novo Millennium Ineunte*. Al episcopado, al clero y a los fieles al concluir el Gran Jubileo del año 2000, Juan Pablo II
- PDV Exhortación apostólica postsinodal *Pastores Dabo Vobis*, Juan Pablo II

Introducción

Te he traído desde los confines de la tierra, te he llamado desde los rincones más remotos; te he dicho: “Tú eres mi siervo, te he elegido, no te he rechazado”. No temas, porque yo estoy contigo, no mires con recelo, porque yo soy tu Dios. Te fortaleceré, sí, te ayudaré, te sostendré con mi mano victoriosa (Is 41,9-10).

La pedagogía divina es la pedagogía de la fe, del don, de la gracia, de la ternura y de la gratuidad. Es un diálogo grande y atractivo entre Dios y su pueblo, en la dinámica de la revelación de su nombre, su esencia, sus promesas y su rostro. La revelación progresiva de la voluntad de Dios pone de relieve la iniciativa divina que se inscribe en las situaciones más diversas, en la realidad concreta de los pueblos y las culturas. Dios se acerca a cada ser humano y hace florecer la vida en su dimensión individual y comunitaria. Piensa y cumple sus promesas a favor de la vida.

El popular dicho: “Dios escribe derecho con renglones torcidos” revela la forma en *que vemos los renglones*, es decir, cómo pensamos, cómo actuamos, por dónde caminamos. Niega, aunque sea ingenuamente, la verdad de que él siempre escribe bien, de la manera correcta, en el momento oportuno y para ponernos cara a cara con su verdad: lo que quiere ser para nosotros. Dios escribe en las líneas que nos resistimos a aceptar como el camino correcto, que requiere una conversión permanente. Los seres humanos insisten en valorar la palabra y dejan pasar el mensaje, como si las palabras bastaran por sí solas. Para Dios, su Palabra es la compañera de la acción, del pensamiento y de las manos siempre unidas.

Por sus manos fueron creados el cielo, la tierra, el mar y todo ser viviente. De este modo, Dios escribió su verdad y la grabó en el corazón de la humanidad.

La Palabra dice que la Ley de Moisés fue escrita por el dedo de Dios (cf. Éx 31,18). ¡Todos estamos en sus manos! El Señor siempre ha estado presente, como fiel participante en la historia de su pueblo, revelando su amor cada día.

En Cristo, el amor del Padre es palpable. Él toca y es tocado; encuentra y es encontrado; extiende sus manos y suceden muchas cosas: los pobres son acogidos; los niños son abrazados; los enfermos son atendidos y los pecadores son perdonados. Se produce el milagro, porque el amor misericordioso se hace visible, tangible y realizable. Los Evangelios nos hablan de ello.

Una vez, Jesús se inclinó y escribió en el suelo, y el mensaje fue comprendido por todos los que, en ese momento, estaban dispuestos a juzgar y condenar a una mujer debilitada. Estaba sola y expuesta a la cultura de la Ley. Era vulnerable ante hombres con el corazón endurecido y piedras en las manos.

Ese momento fue un hito para darnos cuenta de que el perdón no contradice la tradición. El perdón tiende puentes. Hombres y mujeres se igualaron cuando se redimió la dignidad de aquella mujer. Sí, la Ley de Moisés fue escrita por el dedo de Dios, al igual que la Ley del amor fue escrita por el dedo de Jesús. La Ley del amor-comunión es la base de la sinodalidad. Es esta pedagogía sinodal de Jesús la que se presentará en esta obra, reuniendo las palabras, los gestos y las actitudes del Hijo Amado.

En el primer capítulo, sobre una invitación de Jesús: “Que todos sean uno”, podremos reflexionar sobre la sincera petición del Hijo Amado y obediente del Padre. Su invitación resuena en nuestros oídos en el camino de la fe, la conversión, el encuentro con Jesucristo y la construcción de una comunidad sinodal. Nuestra comprensión de la vida y de la fe exige un compromiso de comunión entre nosotros, en el que todos seamos más acogedores, más fraternos y más solidarios.

El segundo capítulo tratará de la invitación a la Iglesia y del incansable ministerio del papa Francisco para mantener viva la naturaleza misionera de la Iglesia, reavivando el espíritu de sinodalidad que estuvo tan presente en la catequesis de Jesús. La pedagogía sinodal de Jesús confirma la presencia de Dios en la historia y sirve de inspiración para la catequesis, que se entrelaza con la vida del pueblo.

El tercer capítulo propone un diálogo sobre los caminos de la sinodalidad para construir una comunidad sinodal. Con una división en tres partes: Comunión, Participación y Misión, revisaremos los Evangelios para aprender de la catequesis de Jesús; reflexionaremos sobre las novedades para la vida cristiana, y sobre cómo podemos intensificar nuestra participación en la vida eclesial con vistas a transformar la sociedad.

Las doce inspiraciones presentadas en ese capítulo proceden de las enseñanzas de Jesús mediante estos temas: la semilla, la casa, los panes y los peces, el pan y el vino, el tesoro, la sal y la luz, la levadura, el rebaño, el camino, la barca, la cruz y la red. Cada tema irá seguido de una parada para dialogar en comunidad: una ronda de conversación, comenzando con una oración espontánea, seguida de un texto bíblico, un tiempo de meditación, un momento para compartir a partir de palabras sugeridas y pistas para la vida práctica, y el compromiso con la comunión, la participación y la misión. El círculo de conversación puede llevarse a cabo con el párroco, los catequistas y otros líderes de la comunidad.

Comencemos la aventura de la lectura, del diálogo y el crecimiento del conocimiento y la motivación para una nueva forma de actuar, caminando juntos.

Catequesis y sinodalidad. La pedagogía de Jesús, quiere ser un instrumento para profundizar en la fe a la luz de la Palabra de Dios y de las enseñanzas de Jesús.

Con Cristo, ¡adelante!

El autor

Una invitación de Jesús

Para seguir las huellas de Jesús en medio de los desafíos de la evangelización en el mundo contemporáneo, es urgente tomar conciencia de que nos adentramos en una nueva etapa de la acción evangelizadora de la Iglesia, que obedece con alegría y esperanza el mandato misionero de Jesús: “Vayan, pues, y hagan discípulos míos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a observar todo lo que yo les he mandado” (Mt 28, 19-20).

Sabemos que la vida de los cristianos y el camino eclesial están marcados por las dificultades, en tiempos de crisis y conflictos internos y externos, que exigen una profunda renovación de la vida: espiritual, moral y pastoral, para permanecer fieles a la misión de transmitir la fe. Es un tiempo nuevo para la escucha orante de lo que dice el Espíritu (cf. Ap 2,29), con vistas a una nueva evangelización (cf. EG, n. 1-2).

Todos los retos pueden afrontarse con confianza en el papel conductor del Espíritu Santo, y con el dinamismo de renovación propio de la Iglesia. El camino eclesial apunta a un apostolado basado en la fe, la esperanza y la caridad, pero también en un impulso misionero que requiere audacia, creatividad, flexibilidad y responsabilidad. En este sentido, hay que tener en cuenta que, para una auténtica conversión pastoral, “Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe” (DA, n. 365). También debe

quedar claro que el primer paso es la conversión personal, dando testimonio de los signos evidentes de la presencia de Dios (cf. DA, n. 383).

En este contexto de renovación pastoral y de conversión, todos estamos invitados a mirar con amplitud el nuevo horizonte de la evangelización, con nuevos escenarios e interlocutores, lo que nos sitúa ante la necesidad de caminar por diferentes contextos eclesiales, con distintos lenguajes y prácticas, garantizando la alegría del Evangelio (cf. EG, n. 1).

La catequesis, que está al servicio de la evangelización, acoge y educa en la fe para la vida cristiana; despierta en el corazón de cada cual el deseo de permanecer en la intimidad con Jesús, creciendo en la madurez de la fe, con las actitudes de verdaderos discípulos misioneros, en la experiencia de la vida comunitaria y de la actividad misionera, sintiendo la llamada a vivir en comunión.

En su exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* (2013), el papa Francisco subraya que: “La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión «esencialmente se configura como comunión misionera»” (EG, n. 23). A partir de estas palabras, podemos decir que, para la Iglesia, el **camino sinodal** es la forma de vivir una profunda experiencia eclesial. Este camino sinodal, propuesto en el postconcilio y en las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (Celam),¹ es la búsqueda de nuevos caminos para evangelizar y asegurar la verdad revelada por Jesús, de que dondequiera que dos o tres se reúnan en su Nombre, él estará presente en medio de ellos (cf. Mt 18,20).

Este camino sinodal es un esfuerzo continuo por perseverar en la fidelidad al mandamiento del amor (cf. Jn 13,34), que se sustenta en la experiencia fraterna del diálogo. En su carta encíclica *Ecclesiam Suam* (1964), sobre el “mandato” de la Iglesia en el mundo contemporáneo, el papa Pablo VI da una catequesis sobre el diálogo, hablando de que la Iglesia, en su misión apos-

¹ El Celam, creado en 1955, se ha reunido como Conferencia General en cinco ocasiones hasta la fecha: 1955, 1968, 1979, 1992 y 2007. Al final de cada Conferencia se emitió un documento conclusivo de los trabajos. En 1955 se reunió en la ciudad de Río de Janeiro (Brasil); en 1968 en Medellín (Colombia); en 1979 en Puebla (México); en 1992 en Santo Domingo (República Dominicana); en 2007 en Aparecida (Brasil).

tólica, debe hacer un ejercicio de comunión con el mundo y una revisión de su vida interior. La Iglesia está llamada a revisar su práctica para que “se enriquezca en fervor, en temas, en número de interlocutores, de suerte que se acreciente así la vitalidad y la santificación del Cuerpo místico terreno de Cristo” (ES, n. 53). La carta encíclica propone un diálogo con palabras y actitudes; habla del diálogo como comunicación espiritual con las siguientes características: claridad, afabilidad, confianza y prudencia pedagógica (cf. ES, n. 38). También habla de un diálogo que contribuya a la causa de la paz, libre y honestamente, que

...excluye fingimientos, rivalidades, engaños y traiciones; no puede menos de denunciar, como delito y como ruina, la guerra de agresión, de conquista o de predominio, y no puede dejar de extenderse desde las relaciones en la cumbre de las naciones a las que hay en el cuerpo de las naciones mismas y en las bases, así sociales como familiares e individuales, para difundir en todas las instituciones y en todos los espíritus el sentido, el gusto y el deber de la paz (ES, n. 48).

Sí, no hay viaje sinodal sin diálogo y paz. Jesús nos invita a este viaje y a participar en la comunión divina. El Hijo de Dios, que está unido a Dios por naturaleza, es un solo Dios. Sacramentalmente estamos unidos como miembros de su cuerpo, por lo que somos hijos de Dios, no por naturaleza, sino por participación. Él fue engendrado, nosotros adoptados: “No recibieron el espíritu de esclavos para caer en el temor, sino que recibieron el espíritu de hijos adoptivos por el que clamamos: ¡Abbá! Padre!” (Rom 8,15). ¡Y hemos sido adoptados en comunión! Este Espíritu nos da la capacidad de reconocernos hijos e hijas de Dios, y de aceptar la verdad de la enseñanza de Jesús cuando dice: “Padre nuestro...” (cf. Mt 6,9). Jesús invita a los suyos a la unidad de la Iglesia, reunida por el Espíritu Santo.

¡Que todos sean acogidos!

Jesús prepara a su comunidad para la acogida. La vía sinodal ha sido retomada por la Iglesia desde las primeras comunidades. En el libro de los Hechos de los Apóstoles encontramos un retrato de la comunidad que forma a los seguidores de Jesucristo. El primer relato se encuentra en Hechos 1,12-26, con la elección del sustituto de Judas en la comunidad de los Doce. No fue Jesús quien eligió a Matías como nuevo apóstol, sino la comunidad. Ante una

necesidad, la comunidad reunida elige y acoge a un nuevo miembro: un paso fundamental hacia la sinodalidad. La decisión de elegir y acoger partió de la comunidad, pero en comunión con Cristo resucitado: “Señor, tú que conoces los corazones de todos, muestra a cuál de estos dos has elegido...” (Hechos 1,24), hablaron de José, llamado Barrabás, y de Matías. El compromiso de unidad fue asumido por la Iglesia, que mantuvo la fuerza de la comunión en la escucha de la Palabra, en la experiencia comunitaria de la fe y en el reparto del pan y de los bienes materiales (cf. He 2,42-47). Perseverantes, caminaban juntos, unidos por los lazos de la comunión (cf. He 4,32-35).

La unidad cristiana debe revelar que la Iglesia está formada por una multitud llamada a ser “un solo corazón y una sola alma” (He 4:32).

Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable. La Iglesia no crece por proselitismo sino «por atracción» (EG, n. 14).

¡Que todo el mundo sea fraterno!

Fue el propio Jesús quien elevó su comunidad a una relación de amigos: “Ya no los llamo esclavos, porque un esclavo no sabe lo que hace su amo. Los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que he oído a mi Padre. Ustedes no me eligieron a mí, sino que yo los elegí a ustedes. Los he destinado para que vayan y den fruto, para que su fruto permanezca” (Jn 15,15-16). Esta relación de amigos creció y se convirtió en un testimonio de que habían encontrado un tesoro (cf. Ecl 6,14); estaban unidos y promovían un compañerismo compartido en el mismo camino. Tenían un objetivo: ¡caminar juntos!

Como cristianos, no podemos dejar de asumir este testimonio de los apóstoles, porque hoy somos enviados en misión en contextos muy diversos. Para proclamar el Evangelio en diferentes entornos, necesitamos crecer en la madurez de nuestra fe y en nuestro compromiso con la unidad en la diversidad, reafirmando nuestro papel de promotores de paz y comunión. Podemos convertir las pequeñas comunidades eclesiales en “un